

No se califique, pues, nuestra empresa de osadía, que si es cierto que la hay en el solo hecho de intentarla, no lo es menos que otro debe ser el calificativo que se la aplique cuando la escuda el mas puro patriotismo.

Nuestra historia de la América del Sur que abarca desde su descubrimiento por Colon hasta nuestros dias, si bien es solo un resumen, no es tan incompleto que deje de consignar cuidadosamente todos los hechos de nuestra historia patria, poniendo de relieve las visicitudes por qué ha pasado esta, á fin de que redunden en provecho de las generaciones futuras á la manera que los hijos aprenden en los dolores padecidos por sus padres.

No terminaremos sin dejar consignado que nuestra historia de la América del Sur, si carece de otras cualidades, está escrita al menos con la mas recta imparcialidad; é impregnada en todas sus partes de un espíritu sensatamente democrático y ardientemente americano, como destinada á todas las clases de la sociedad; y que nuestros deseos quedarán cumplidos, si todos nuestros conciudadanos la estudian con el noble afan con que la hemos escrito, con el de hacerse dignos de contribuir algun dia á la ventura de su patria.—R. C.

4.º Enero de 1878.

## PARTE PRIMERA

---

### CAPÍTULO I.

#### Descubrimiento de América.

Es un hecho cierto é incontestable, admitido por los historiadores, que en los siglos x y xi los antiguos Escandinavos descubrieron, visitaron y aun se establecieron en las costas orientales de la América del Norte. En la primavera del año 986 Erico el Rojo, desterrado de Islandia, se dirigió á la Groenlandia y fijó su residencia en Brattalid en el Ericsfiord.

Los Escandinavos se establecieron sucesivamente en Terranova y la Nueva Escocia, así como en el Estado de Massachussets y de Rhode-Islandia, sosteniendo relaciones con estos países hasta mediados del siglo xiv que se entorpecieron y cesaron á causa de haber quedado desierta la Groenlandia por la peste negra, impidiendo los hielos nuevas comunicaciones con ella, hasta 1721, en cuya época se estableció allí una nueva colonia. Sea esta u otra la causa de la interrupcion de comunicaciones entre ambos paí-

ses, es lo cierto que en el siglo xv se habia perdido por completo la huella, ya que no el recuerdo de América.

Se pretende tambien haber sido descubierta la América antes de Colon por los Diepeses, afamados navegantes del siglo xv, los cuales se ha querido probar que la visitaron en 1488 llegando hasta la embocadura del rio de las Amazonas; y segun el célebre Lelewel, por el polaco Juan Szcolny, que hallándose en 1476 al servicio del rey de Dinamarca, descubrió las costas del Labrador. Estas infundadas pretensiones solo sirven para probar una vez más cuán injustamente han querido usurpar á Colon la gloria de sus descubrimientos, aun los mismos que antes le habian tratado de visionario.

Apareció Cristóbal Colon, esa gran figura que se eleva como un gigante en los límites de la Edad media y de las edades modernas, precisamente cuando llegaba á su apogeo la pasion por las empresas á lejanos países, cuando la ambicion de los descubrimientos incitaba al perfeccionamiento de la ciencia marítima y creaba nuevos navegantes, cuando en fin, en Génova y Venecia, en España y Portugal, en Francia é Inglaterra, encontrar el camino marítimo de la India era una preocupacion general.

Colon, humilde y desconocido marino genovés, se distinguia por su valor y pericia en el mar, así como por sus vastos conocimientos en geometría, astronomía y cosmografía, y cual otros muchos buscaba un nuevo camino para llegar al Asia. Los escritos de Eratóstenes, Estrabon y Tolómeo; los de Séneca, Aristóteles y Alfergan; las relaciones de Marco Polo (estas principalmente) y las de Mandeville; algunos pasajes de la Escritura; y si se quiere las noticias ó tradiciones que casualmente pudo recoger en un viaje que emprendió á Islandia, de los descubrimientos hechos cuatro siglos antes por sus moradores, le indujeron á creer que siendo la tierra esférica, navegando hácia el oeste se llegaria al este de Asia. No sospechaba que la América le obstruiera el paso.

Agitada la mente de Colon por tales ideas, que del terreno hipotético pasaron al de la más firme conviccion, lleno de entusiasmo por la ciencia, y del mas alto grado de fé por su atrevida empresa, se dirigió á Portugal á proponer su pensamiento á Juan II.

Este lo hizo examinar por una comision de sábios y grandes que le calificó de loco presuntuoso y visionario. Regresó Colon á su patria, que, como Venecia é Inglaterra, no dió mejor acogida á sus proyectos. Entonces fué cuando se dirigió á España, y á pié con su hijo Diego, llegó y pidió pan y abrigo en el monasterio de Santa María de la Rábida (1484). Nuevas y dolorosas pruebas le aguardaban en este país que debia engrandecer hasta el punto de que nunca el sol se pusiese en sus dominios. Abrumado por la miseria, casi por todos rechazado, tuvo que combatir la incredulidad y aguantar las burlas, sin que por ello amenguaran su inquebrantable fé y sus convicciones. No sin trabajo consiguió que el cardenal Mendoza le presentara al rey, y este nombró una comision de profesores de ciencia y de teología para que examinara su proposicion. Las aserciones de Colon causaron recelos á los teólogos, en el mero hecho de indicar la existencia de otros mundos y otros hombres no designados en el Génesis, y esto bastó para que se calificase su empresa de vana y quimérica. Por espacio de ocho años luchó contra los escrúpulos del espíritu religioso que se interponian entre la corona y él, y tuvo que soportar los sarcasmos de aquellos tan nécios como abyectos grandes señores de la corte de Castilla. Justo es confesar que el único apoyo que su proyecto encontró se lo prestaron los frailes de la Rábida, con su prior Fray Juan Pérez, que le proporcionaron recomendaciones para la reina Isabel, como antes se las habian proporcionado para el rey.

En Santa Fé oyó aquella á Colon exponerle su proyecto y suplicarle que aceptase el don de un nuevo mundo. Fué nuevamente despedido con el desprecio que en las cortes sigue siempre á las desgracias. Con la amargura que un alma grande experimenta cuando no es comprendida, Colon volvió las espaldas á la ingrata España, y se disponia á partir para Francia llamado por Carlos VIII, cuando precisamente la reina Isabel cediendo á las instancias de Santangel y de Fray Juan Perez, que supieron despertar en su alma sentimientos generosos, se decidió á llamarlo ofreciendo sus propias joyas para completar la suma de trescientas mil coronas, que, con dos naves, se consideraban suficientes para tan atrevida-

da empresa, á la que Colon debia contribuir con la octava parte.

Colon y sus herederos ejercerian perpétuamente las funciones de almirante en todas las tierras y continentes que descubriese ó conquistase en el Océano, sería virey y gobernador de las susodichas tierras, el único juez en todas las cuestiones que pudiesen surgir en asuntos de comercio entre los países descubiertos y España, y tendria la décima parte de los beneficios ó ganancias despues de deducir gastos. Tales fueron los pactos ó condiciones que se estipularon entre la reina de Castilla y el famoso marino genovés.

Isabel la Católica puso á disposicion de Colon dos carabelas, buques de ligera construccion, abiertos y sin puente, y los tres hermanos Pinzon le dieron los medios para armar un tercer bajel: la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, despues de vencer la resistencia que opusieron los marineros de Palos, que consideraban inevitablemente perdidos á los que se arriesgasen en tal espedicion, partieron de dicho puerto el viernes 3 de Agosto de 1492 en medio de la compasion y burla de cuantos lo presenciaron.

Es indudable, como atinadamente observa Reynaud, que si la Inquisicion, naciente entonces, hubiese alcanzado la influencia é inmenso poder de que luego nos dió sobradas muestras, Colon, tan herético en geografia como Galileo lo fué en astronomía, no hubiera partido en busca de un nuevo mundo, antes bien se le hubiera condenado por haber demostrado los antípodas, como á este último se le condenó por haber demostrado la rotacion de la tierra; pues la Iglesia jamás tuvo acerca de la forma de la tierra otras opiniones que las de Moisés, las de los Profetas y las de san Crisóstomo, san Agustin, san Jerónimo y demás Padres, enemigos declarados de la esfericidad de la tierra, á la que consideraban como una superficie plana rodeada por el Océano.

Tres dias despues de haberse hecho á la vela, arribó Colon á las Canarias, viéndose obligado á detenerse un mes en estas islas para reparar los muchos desperfectos ó averías que habian sufrido las naos, que estaban en tal estado, que se consideraba difícil, ya que no imposible, pudiesen resistir una navegacion que, á no dudarlo, debia de ser tan larga como peligrosa. El 6 de Setiembre, des-

pues de haber embarcado provisiones frescas, emprendió verdaderamente Colon el viaje para descubrir el Nuevo Mundo, haciendo vela al oeste, abandonando todos los derroteros seguidos hasta entonces por los navegantes, y metiéndose en un mar desconocido.

Las peripecias de este viaje, de todos conocidas, los numerosos peligros que se corrieron, entre los cuales no fué el menor la ignorancia y pusilanimidad de los tripulantes, dan á la figura de Colon una grandeza extraordinaria. La pobre gente se creia perdida en un mar sin límites; lo desconocido les helaba de terror; pidieron primero y exigieron despues que se volviese atrás. Colon, que á un espíritu insinuante, perseverancia infatigable, y grande imperio sobre sí mismo, reunia el talento de gobernar y dirigir las pasiones de los otros, les consolaba unas veces reanimando su valor, ora pintándoles con los más brillantes colores las tierras que iban á descubrir, ora la fama y las riquezas que iban á adquirir; en otras ocasiones, tomaba el tono de autoridad y les amenazaba con la indignacion de sus soberanos, si por su cobarde conducta se desgraciase una empresa tan noble, cuyo objeto era extender la gloria de Dios y ensalzar el nombre español sobre el de todas las naciones de la tierra. Sin embargo, los mil incidentes que á cada paso prometian encontrar tierras, salian falsos, y el desaliento y desesperacion de los navegantes aumentaba por momentos; la deseada Cipango de Marco Polo solo aparecia en el mapa adicionado continuamente por Colon; se habian recorrido muchas más de las setecientas cincuenta leguas que habia calculado eran necesarias para llegar á ella, sin que se distinguiese ninguna ribera. Al fin á las diez de la noche del 11 de Octubre, Colon, que estaba sobre el castillo de proa, observó á cierta distancia, é hizo observar á sus compañeros, una luz que estaba en movimiento como si fuese llevada de una parte á otra. ¡Humilde faro que anunciaba la presencia de un nuevo universo!

A las dos de la madrugada del 12, Rodrigo de Triana, marino de la *Pinta*, que navegaba siempre á la cabeza de la pequeña flota, dió el ansiado grito de *tierra, tierra*, sin que se le diese mucho crédito á causa de haber sido engañados ya muchas veces por las

apariencias. Esperóse la llegada del día con la agitacion que producen la inquietud y la impaciencia, y al rayar la aurora se distinguió claramente á dos leguas al norte una isla resplandeciente de verdura. Entonóse el Te-Deum por la tropa que, con lágrimas de gozo y con todas las señales del arrepentimiento mas sincero, se postró ante Colon pidiendo les perdonase su ignorancia, su incredulidad y su insolencia.

Al salir el sol se echaron al agua las chalupas, y Colon, vestido de gala, empuñando con una de sus manos el estandarte real y con la otra su espada, desembarcó el primero, se arrodilló y besó la tierra, de la que tomó posesion en nombre de la corona de Castilla y de León. Los naturales, llenos de temor á la vez que de asombro, miraban en silencio todas aquellas para ellos ininteligibles ceremonias, sin prever ¡desdichados! las calamidades y desolacion que desde aquel momento habian comenzado para supais. «Yo,—dice Colon en su diario,—porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraria y convertiria á nuestra santa fé con amor que no por fuerza, les di á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponian al pescuezo, y otras cosas, muchas de poco valor, con que tuvieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era una maravilla. Los cuales despues venian á las bareas de los navios adonde nos estábamos, nadando y nos traian papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenian de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y tambien las mujeres, aunque me vide más de una farto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballo, é cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detras que traen largos, que jamás cortan: dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni

»negros ni blancos, y dellos se pintan de blanco y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solos los ojos, y dellos solos el nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algun fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas.»—«Ellos vinieron á la nao (diario del 13 de Octubre) con almadias que son hechas del pié de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy á maravilla segun la tierra, y grandes que en algunas venian cuarenta ó cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, hasta haber de ellas en que venia un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda á maravilla, y si se le trastorna luego se hechan todos á nadar, y la enderezan y vacian con calabazas que traen ellos. Y yo que estaba atento y trabajaba de saber si habia oro, y vide que algunos de ellos traian un pedazuelo colgado en un agujero que tienen á la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenia grandes vasos dello y tenia muy mucho.»

Colon dió á esta isla el nombre de San Salvador, aunque es más conocida con el de Guanahani que le dieron los naturales: era una de las Lucayas rodeada de las innumerables islas del banco de Bahama que Colon pensaba eran las 7,488 indicadas por Marco Polo. Siguiendo las indicaciones de los isleños determinó dirigir su rumbo hácia el sur, no dudando encontrar el país del oro y de las especias, la India, su constante preocupacion. Descubrió varias islas, tomando tierra en tres de ellas, á las cuales dió los nombres de Santa María de la Concepcion, Fernando é Isabel: en ellas se le indicó por los insulares que el oro le traian igualmente del sur. Siguiendo de nuevo esta direccion descubrió muy pronto un país tan extenso que dudó si seria continente ó isla: los habitantes de San Salvador que iban á bordo de sus buques, le dijeron llamarse Cuba, y Colon le dió el nombre de Juana. Su magnífica vegetacion, sus flores, sus frutos y sus aves de

brillantes colores hirieron tan vivamente su imaginacion, que le llevaron hasta el punto de asegurar á los reyes católicos que era aquel el país más hermoso que jamás vieron los ojos humanos, en el que quisiera vivir eternamente, y en el que no se concebía ni el dolor ni la muerte. Reconocido lo interior del país por los españoles, observaron que el terreno estaba cultivado en muchos puntos y con mas perfeccion que en las islas hasta entonces descubiertas; encontraron muchas chozas esparcidas y además una poblacion en la que moraban mas de mil habitantes, que si bien iban desnudos como los de San Salvador, y los recibieron con el respeto y temor que aquellos, parecían tener bastante más inteligencia. Hicieron entender á Colon que el oro que les servia de adornos, se encontraba en Cubanacan, ó sea el interior de Cuba, lo que dió lugar á que aquel, ignorante de su idioma, poco acostumbrado á su pronunciacion, y sobre todo alucinado por la idea que tenia formada sobre la situacion de las Indias, supusiera que le hablaban del gran Kan, y que por lo mismo no debia distar mucho el reino de Cathay descrito por Marco Polo.

No se halló tampoco en la isla de Cuba oro en cantidad bastante á satisfacer la codicia de los españoles, indicando á estos los cubanos, como punto en que abundaba tan precioso metal, otra isla situada al este, que designaron con el nombre de Haití. Preparábase Colon á hacerse á la vela hácia este punto, cuando Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta*, el más velero de los buques de la escuadra, separóse de esta al objeto de tomar antes que otro posesion de tan rico país. Dirigiéndose Colon hácia el sudeste, arribó en 6 de Diciembre á Haití, una de las más bellas islas del mundo, destinada á sentir terriblemente los rigores de una cruel dominacion. Diósele el nombre de Española, y sus habitantes, que se asemejaban mucho á los de Guanahani y Cuba por su desnudez, su ignorancia y su simplicidad, eran tan afables, tan crédulos, tan hospitalarios, y tomaron los españoles tal ascendiente sobre ellos, que Colon escribia á los reyes: «Si VV. AA. »mandasen prenderlos á todos y tenerlos prisioneros en su misma »isla, nada seria más facil que conseguirlo.» Tenian mucho oro que recibían de sus vecinos y que entregaron á los españoles en

cambio de cascabeles, abalorios, alfileres y otros objetos de ningun valor. No satisfacía esto á Colon y sus compañeros, que querían saber dónde estaban situadas las minas del precioso metal, preguntándose á todos los naturales del país con quienes pudieron tener comunicacion: estos les señalaron un país montañoso llamado Cibao, algo distante y situado al este. Creyó que el país descubierto estaba próximo á las comarcas mas orientales del Asia, y que el de Cibao no era otro que el de Cipango, nombre dado por Marco Polo y otros viajeros á las islas del Japon. ¡Siempre el fantasma de Asia, como observa Lamartine, interponiéndose entre la América y él, para robarle por una quimera la gran realidad! En 24 de Diciembre dirigió Colon su proa hácia el punto indicado, y por haber dejado el piloto el gobernalle á un grumete inexperto, la *Santa María*, arrastrada por una corriente, fué á dar contra una roca y se abrió por cerca de la quilla. Gracias á la serenidad y pericia de Colon, á quien despertó el choque, al socorro que le prestaron las chalupas de la *Niña*, y á los auxilios de los naturales, se salvó no solo la tripulacion, sí que también el cargamento.

Colon estaba desconsolado: de los tres buques de que se componía su pequeña flota solo le quedaba la *Niña*, pues se recordará que Pinzón habia desaparecido con la *Pinta*, creyendo que habia tomado la vuelta de Europa á fin de adelantársele y atribuirse la gloria de la expedicion, y aunque tenia vivos deseos de regresar á España para anunciar su triunfo, no le era posible embarcar en una sola carabela la tripulacion de dos. Pensó entonces dejar parte de su gente en la isla para que aprendiesen la lengua de sus naturales, recorriesen el país y tratasen de descubrir las minas, al propio tiempo que servirían de base á una colonia que en aquel punto proyectaba fundar para asegurar las grandes ventajas que de sus descubrimientos se prometía. Cuando propuso este plan á su tropa, fué aceptado con entusiasmo, siendo treinta y ocho los que se ofrecieron voluntariamente para quedarse en la Española, á cuya cabeza puso á Diego de Aranda, investido de los mismos poderes que él habia recibido de los reyes católicos. Obtuvo también el consentimiento del cacique para dejar su gen-

te en la isla, á prètexto de defenderle contra los ataques de los caribes ó antropófagos, y de levantar un fuerte que se terminó en diez dias, gracias al auxilio de los pobres isleños que forjaron por sí mismos el primer eslabon de la cadena que tan cruelmente debia sujetar la América á la España.

Despues de recomendar á su gente la mayor union y disciplina, así como que cuidasen de evitar todo motivo de queja con los naturales del país, cultivando su amistad, sin que por eso fiaran en ellos ciegamente, y de haberles prometido volver muy pronto con refuerzos, abandonó Colon la naciente colonia el 4 de Enero de 1493, llevando consigo algunos naturales de las islas que habia descubierto, todo el oro en ellas recogido, una pequeña cantidad de todas las producciones que podian llegar á ser materias de comercio, aves desconocidas y otras curiosidades propias para excitar la admiracion de los europeos. Navegando hácia el este recorrió las costas del norte de la isla, y el 6 divisó á la *Pinta* con la que Pinzon habia explorado, durante las seis semanas que habia durado su desaparicion, la costa septentrional de Haiti, sin que hiciera descubrimiento alguno de importancia. Emprendió con este la vuelta á España, siendo feliz el viaje hasta el 14 de Febrero en que una deshecha tempestad los separó de nuevo. Durante los quince dias que duró la tempestad, ¡cuántas y cuán mortales angustias sufrió Colon, que despues de ver realizado el deseo de toda su vida, y cuando traia á Europa un nuevo mundo, y con él la más elocuente refutacion á los que le habian tratado de visionario, y la justificacion del éxito á los que le patrocinaron, veia segura é inevitable su pérdida, sin dejar detrás de sí más que la fama de un aventurero imprudente y engañado! Para que esto no sucediese, escribió algunas abreviadas relaciones de sus descubrimientos, las metió en bolas de cera y estas en barriles, que arrojó al mar, con la esperanza de que las olas, que tan contrarias se le habian mostrado, las llevasen á las playas de algun país civilizado.

Pero al fin cedió el viento, se calmó la mar, y pudo arribar á las Azores, donde los portugueses le acogieron de una manera vil, aprisionando la mitad de su tripulacion, á causa de haber

mandado el rey de Portugal que se apoderasen de Colon donde fuese hallado, por haberle arrebatado un descubrimiento que se le ofreció y no quiso admitir, ó haberle usurpado posesiones que le habian sido concedidas por el papa. Sin embargo, cuando llegó á Lisboa, fué recibido con todas las demostraciones de distincion que se debian al descubridor del Nuevo Mundo.

Por último, el 15 de Marzo, Colon desembarcó en Palos, en donde al conocer el feliz éxito de la expedicion fué tan general la alegría, que se echaron á volar las campanas, se hicieron salvas de artillería, se cerraron las tiendas, corriendo todos á estrechar en fuerte abrazo á los que se consideraban perdidos, y á venerar como un hombre extraordinario al mismo que siete meses antes les habia servido de burla. En la tarde del mismo dia llegó Pinzon, que esperando que el almirante hubiera muerto, se jactaba de ser el descubridor; pero que al ver defraudadas sus esperanzas, y el triunfo de Colon, murió de despecho algunos dias despues.

Apresuróse Colon á poner en noticia de los reyes su llegada y sus descubrimientos: Fernando é Isabel, que estaban entonces en Barcelona, le previnieron que pasase inmediatamente á esta ciudad, pues querian oir de sus lábios los pormenores de su expedicion. Su viaje fué una continuada ovacion, un verdadero triunfo, entrando en Barcelona con gran solemnidad. Los reyes le recibieron sentados sobre su trono y le hicieron sentar en su presencia, no como un grande hombre, sino como un grande de España.

La relacion hecha por Colon y sus compañeros de los nuevos países descubiertos, á los que erróneamente se dió el nombre de Indias occidentales, que aun conservan, y sobre todo las muestras traídas de su fertilidad y riqueza, despertaron tanto entusiasmo, infundieron tan brillantes esperanzas que, cegados los españoles, incluso el circunspecto Fernando, por la codicia y la ambicion, se pensó desde luego en llevar más adelante las conquistas y descubrimientos, haciéndose los preparativos para el segundo viaje con una celeridad inusitada. Este nuevo armamento se componia de diez y siete naves, algunas de gran porte, en las